

Capítulo 373

Un Día Para Descansar

A veces, el dios dragón disfruta de la pereza.

Después de todo, los dragones ya son algo perezosos, dado el hecho de que no necesitan esforzarse mucho para volverse fuertes.

Y Abaddon no fue una excepción a esta estadística, ya que disfrutaba de holgazanear y no hacer nada, como el resto de sus descendientes.

Sin embargo, debido a la naturaleza caótica de su vida, no pudo hacer ese tipo de cosas con tanta frecuencia como habría deseado.

Sabía que lo haría en el futuro, pero en ese momento había demasiadas cosas que requerían su atención y tiempo.

Aunque a veces, se despertaba en un momento absolutamente perfecto.

Las sábanas se sentían divinas sobre su piel, la habitación estaba oscura y llena de aire fresco y frío, y el calor corporal y el aroma de sus esposas era más que suficiente para eliminar cualquier deseo que sintiera por dejar su cama.

Tan pronto como se despertó, inmediatamente descartó cualquier plan que había hecho para ser productivo hoy.

Decidido, en silencio, cerró sus ojos violetas y volvió a dormirse, como si nunca lo hubieran interrumpido.

Como sus esposas lo conocían tan bien, también podían reconocer cuando estaba teniendo uno de sus días de pereza.

Generalmente era el primero en despertarse, pero ahora todavía parecía estar durmiendo, mientras sostenía a Tatiana y a Lisa con bastante intimidad.

Su pereza parecía haberse contagiado a ambas también, ya que ninguna de las dos se había despertado aún.

—Hacía tiempo que no lo veía así —señaló Lailah con cariño.

—En efecto... parece que no irá a ningún lado hoy, ¿deberíamos quedarnos todos en la cama? —preguntó Eris.

"Me gustaría, pero creo que demasiada inactividad sería perjudicial para el bebé", dijo Audrina, mientras acariciaba con cariño su creciente barriga.



"Estaba pensando en ir un rato al jardín, antes de poner un pie en la ciudad hoy".

"Ah, ambos planes suenan muy bien..." Lillian parecía tener dificultades para decidir qué elegir.

—Diviértanse chicas, sé lo que haré. —Bekka no perdió ni un momento y salió de debajo de las sábanas, para poder subirse encima del espacio abierto en el pecho de Abaddon.

Allí se acurrucó como una bola y apoyó la cabeza en el hueco de su cuello, antes de cerrar también el ojo para irse a dormir, luciendo tan contenta como los tres con quienes yacía.

Mientras las chicas intentaban decidir en silencio cuál sería el siguiente curso de acción, los ojos de Abaddon se abrieron de repente y dejó escapar un gruñido profundo.

Despertó fácilmente a Tatiana, Lisa e incluso a Bekka, a quien generalmente se consideraba que tenía el sueño muy profundo.

-¿Qué te pasa, mi amor? -preguntó Valerie.

La voz profunda de Abaddon estaba llena de irritación.

"Camazotz ha vuelto... ya que no se ha molestado en intentar ocultarse lo más mínimo, apuesto a que tiene otro mensaje para nosotros."

El dragón comenzó a sentarse en la cama y a ponerse la ropa, antes de que Lillian colocara una mano suave sobre su pecho.

- ¿Por qué no te quedas en la cama con las niñas, marido? Puedes dejarnos todo a nosotras por hoy y concentrarte en descansar.

Abaddon parecía tentado, pero finalmente negó con la cabeza. "No puedo. Ese dios podría tener algún tipo de truco planeado y yo..."

"Nos tienes a nosotras, cariño. Se supone que somos tus socias, así que déjanos esto y podrás estar tranquilo sabiendo que podemos encargarnos de todo en tu lugar".

Lillian presionó tiernamente su frente contra la de Abaddon; la forma que tenía su familia de demostrar el máximo afecto y amor mutuo.

Como ella había presentado un argumento tan convincente, naturalmente no pudo atreverse a rechazarlo.

"Está bien entonces... Si alguna decide matarlo, será libre de conservar sus divinidades para sí misma".





"¡Gracias!"

Con su sensación de inquietud aliviada, Abaddon le dio a Lillian un beso, corto pero dulce, antes de tirar a Tatiana, Lisa y Bekka nuevamente encima de él.

"Diviértanse, chicas... haganme sentir orgullosa".

"Qué tontería. ¿Acaso pensais que haremos algo mal?", dijo Lailah con una sonrisa. —No... ni por un solo segundo—respondió Abaddon mientras cerraba los ojos.

Se volvió a dormir unos segundos después y las chicas supieron que era hora de moverse.

Lailah, Audrina, Seras, Valerie, Eris y Lillian salieron de la cama y comenzaron a vestirse en total silencio.

Mientras lo hacían, Seras contactó telepáticamente a uno de los miembros de su familia y le pidió un pequeño favor.

—¿Lo has sentido tú también, Kanami?... Maravilloso entonces. Esto es lo que nos gustaría que hicieras...

* * *

"...Camazotz piensa que esto es una mala idea."

"Tus objeciones han sido tomadas en cuenta, murciélago. Ahora sigue volando. Debemos atraer la atención de Abaddon y conseguir otra audiencia con él".

—Diosa estúpida... muy estúpida—murmuró.

"¡Eso lo escuché!"

"Bien..."

Camazotz agitó sus poderosas alas, tan fuerte como pudo, y comenzó a volar sobre las nubes oscuras del inframundo personal de Abaddon.

Cuando atravesó las nubes, pudo ver que había llegado a una especie de dominio extraño, que parecía estar separado por diferentes elementos.

Al mirar a su alrededor, ni él ni su compañera de viaje vieron ningún tipo de estructura donde Abaddon pudiera estar viviendo.

Todo lo que vieron fueron espíritus de diferentes variedades y apariencias mirándolos en silencio, como si estuvieran perturbados de que un visitante realmente hubiera venido aquí.

Sin pronunciar palabra, todos señalaron hacia arriba y Camazotz siguió sus dedos, hacia un continente literal que parecía flotar en el cielo por sí solo.



"Este mundo... es increíble."

—En efecto... vámonos, Camazotz.

"...Está bien.."

El dios murciélago reanudó su ascenso y siguió volando cada vez más alto, hasta que pudo ver un gran agujero en el gran continente flotante que tenía encima.

Tan pronto como atravesó la abertura, se encontró cara a cara con los verdaderos ocupantes de estas tierras.

Dragones.

Camazotz y su compañero no eran desconocidos para estas criaturas, y hacía tiempo que se habían acostumbrado a sus presencias intimidantes y miradas petrificantes.

Pero estos dragones... no se parecían a ninguno de los que se habían topado antes.

Decir que eran monstruosos parecía una simplificación exagerada.

Esto eran horrores.

Tan majestuosos y regios como aterradores, venían en diferentes formas, tamaños y colores, pero ninguno de ellos era menos hermoso que sus hermanos.

Había dragones con alas y picos emplumados, dragones sin alas, dragones con cuerpos musculosos, más pequeños y aún más variantes, que ni siquiera deberían haber existido.

Pero por muy diferentes que fueran estas subespecies, todas miraban al aterrador y monstruoso Camazotz, como si no fuera más que carne en la mesa.

A ellos no les importaba en absoluto su intensa aura manchada de sangre, que provenía de ser un dios de la muerte y el sacrificio, e incluso parecía como si cada vez les irritara más.

"Un dios..."

"Realmente se atreve a profanar esta tierra santa con su presencia..."

"¡Si mis poderes fueran mayores, lo despellejaría yo mismo y lo depositaría en el altar de nuestros dioses...!"





En medio del murmullo, un nuevo dragón apareció volando junto con otros cincuenta.

Éstos eran drásticamente más temibles que todos los demás presentes, ya que tenían grandes protuberancias óseas que recorrían sus espinas y prácticamente exudaban un aura de malevolencia y conquista.

El dragón líder era el más grande y tenía la forma de un dragón de estilo oriental, con un pelo rojo brillante que rodeaba su monstruosa y hostil cabeza.

Los colmillos en su boca eran extrañamente pronunciados y afilados, casi como si fuera un vampiro, en lugar de un gran y majestuoso dragón.

"%^#@*"

El dragón dijo algo en su lengua materna que Camazotz y su pasajero ni siquiera pudieron empezar a entender.

Simplemente tuvieron que observar cómo los 49 nuevos dragones restantes rodeaban a los invitados no deseados, sin darles ningún lugar a donde correr.

"Ven", dijo finalmente, revelándose como una mujer.

Ella cambió la alineación de su cuerpo en el aire... y comenzó a volar aún más alto en el cielo, para consternación de Camazotz.

Sin embargo, su decepción por seguir volando se transformó en asombro, cuando vio un enorme castillo flotando en el cielo, inmediatamente supo que ese era su destino.

Con su carga a cuestas, el dios murciélago se elevó más alto en el cielo, tras el dragón pelirrojo, hasta que la criatura estuvo a la altura del castillo de arriba.

Aterrizando justo afuera de las enormes puertas de madera, Camazotz observó cómo todos los dragones que lo habían rodeado, hacía solo unos segundos, se transformaban en humanos blindados, con sus armas levantadas y dispuestas para atacar.

Al abrir las puertas dobles, el líder de esta banda de guerreros dragón escoltó a Camazotz y a su invitada a través del castillo más hermoso que jamás habían visto.

Con toda la majestuosidad de un palacio romano y la influencia moderna de un edificio de gran altura del mundo humano, este lugar era verdaderamente único.

Estaban tan absortos que ni siquiera se dieron cuenta de que habían llegado a una sala del trono de un blanco brillante, con una alfombra roja y dorada.



Frente a ellos había diez tronos diferentes entre sí, sin embargo, no había uno que no fuera menos hermoso que el anterior.

Cuatro de los tronos permanecían vacíos, incluido el más grande, en el centro.

Pero los seis que estaban llenos contenían a las mujeres más hermosas que cualquiera de ellos había visto jamás.

Camazotz reconoció a dos de ellas y bajó temporalmente la cabeza, como expresión de reconocimiento.

—Camazotz... ¿por qué has vuelto? —preguntó Eris peligrosamente.

- ¿Y qué es lo que has traído contigo...? - añadió Valerie.

Las reinas observaron como una mujer descendía flotando desde la espalda de la criatura murciélago.

Ella era hermosa, con piel ligeramente bronceada y ojos rojos opacos, combinados con cabello largo y negro.

Pero como no producía vibraciones al “tocar” el suelo, sabían que en realidad no estaba allí.

Al menos, no físicamente.

"Perdónennos por esta visita inesperada, pero no le dí otra opción a Camazotz. Simplemente debía tener esta reunión hoy".

-¿Y tú eres...? -cuestionó Lailah.

"Soy Perséfone... Diosa de la cosecha."

Tan pronto como las chicas escucharon la identidad de la mujer, todas tuvieron exactamente el mismo pensamiento a la vez.

"Voy a matar a esta perra."

